

EL BAILE DE VERDIALES DE ANTAÑO

«**A** DIÓS POR LA calle bulliciosa la enamorada del airoso talle, el viejo sentencioso, el mozo juncal.» Estas palabras escribía Adolfo Reyes refiriéndose a unos años de la primera parte de este siglo en que su padre Arturo Reyes, uno de los malagueños más enamorados de Málaga que en el mundo han sido, se despedía para siempre de aquella apasionada Andalucía que, al decir del hijo, moría con él. Pero han transcurrido más de tres cuartos de siglo desde aquellas fechas y Andalucía sigue viva. De haber muerto, no veríamos ya esas pandas de verdiales, alguna de ellas formada por niños, donde el duende ancestral bulle el pandero, la carrañaca o chascarrá, los chichines, la guitarra, el violín y las castañuelas con lazos, ni tampoco oiríamos a niñas y adolescentes cantar por malagueñas y soleares con tanta autenticidad, ni las saetas semanaseras saldrían en ocasiones de gargantas tan juveniles como las otras que vociferan un rock. No ha muerto el estilo andaluz aunque, eso sí, ha sufrido lamentablemente algunas transformaciones que el uso y el abuso podrían hacer irreversibles.

El baile de verdiales, el auténtico, es un baile con sus especiales características, pero no un «ballet», casi siempre de mujeres agrupadas ya que los hombres, no se sabe por qué, prefieren cantar o bien tocar los clásicos instrumentos a mover con gracia los pies. En el pasado no era así: el baile de la tierra era derecho y deber para ellos y ellas. Y no faltaron ocasiones en las que varias parejas de hombre y mujer se lanzaran en grupo a ejecutar las mudanzas del verdial en medio de alguna plaza; mas éstas eran ocasiones excepcionales. Los verdiales con todo su antiquísimo ritual, en el que se incluye el tresillo: un hombre —el zángano— haciendo simultánea pareja con dos mujeres, tenían lugar bajo techo o bajo el emparrado que sombreaba la

entrada de un cortijo o en algún patio espacioso, y en la fiesta tomaban parte jóvenes y no jóvenes de ambos sexos aunque, como siempre, fueran mocitos y mocitas los que más y mejor aprovechaban el tiempo. Las mujeres tomaban asiento en corro circular y detrás, a pie firme por lo general, hacían guardia a los hombres. El espacio central estaba destinado a la pareja que por turno salía al baile.

Empezaba a sonar el acompañamiento musical y uno de los fiesteros —el más decidido— se paraba reverencioso delante de la que ocupaba la silla más cercana al lugar de entrada, se levantaba la fiestera y uno y otra iban a situarse en el puesto de rigor dando comienzo al paseílo. La primera mudanza con sus dos vueltas era invariable. Las demás, variadísimas, eran iniciadas por la bailaora en tanto que el bailar le seguía los pasos. Cantaores y cantoras espontáneos modulaban sus coplas y eran los momentos oportunos para que el enamorado de la bailaora pudiera hacerle una insinuación versificada en forma de cantas: «Cuántas veces te dirán / salero por ti me muero. / Y yo no te digo “na” / que soy el que más te quiero / y no te puedo olvidar.» O el peleado, un reproche: «María, si fueras mía / te compraría un pañuelo, / pero, como no lo eres / que te lo compre tu abuelo.» O el amigo de ambos bailantes, un comentario muchas veces improvisado como aquél de «Esos dos que están bailando / qué parejitos que son. / Si yo fuera padre cura / les daba la bendición.» Y también aquél de «Ahora sí que canto yo / con alegría y ahínco / porque ha salido a bailar / la Carmela con el bizco.» Piropos había para rubias, morenas, altas y bajitas: «Los cabellos de mi rubia / dicen que tienen veneno. / Aunque tengan “sublimao”, / cabellos de rubia quiero. / ¡Aunque estén “envenenaos”!». «Morena tiene que ser / la tierra para claveles / y la mujer para el hombre / morenita y con desdenes.» «Qué buena moza estás hecha, qué alta y qué gallardona. / Envidia le tengo al hombre / que se lleve tu persona.» «Eres chiquita y bonita / como la flor del romero. / Pareces campanillita / de las manos de un platero.»

Cuando la bailaora creía conveniente finalizar su baile, extendía graciosamente los brazos entre los lazos de colorines que ornaban los palillos, en una estilización de abrazo de despedida, y volvía a su silla de anea. El mozo se retiraba si otro llegaba a sustituirle y, de no llegar, invitaba a la siguiente en el corro.

Leyendo el poema de Rueda «El baile de los abuelos», tendremos idea de cómo la práctica continuada había convertido a viejos y viejas en consumados maestros y nadie tan perfectamente como ellos se acompañaba a la música y al canto. Nunca faltó alguna pareja de estas piezas de museo. Cada asistente a la fiesta era un crítico del arte de Terpsícore. Que si la que lleva

mejor compás es Josefita, que si Dolorcitas mueve los pies que da gloria verla, que Frasquita coloca los brazos como ella sola, que Mariquita tiene la expresión más graciosa en la cara o que Diego se lleva la palma cuando sale a bailar sin dejar de tocar el pandero levantado en alto.

Los principiantes pedían en voz baja y discreta la opinión de los expertos veteranos y de este modo iban corrigiendo sus fallos no obstante que, alguna que otra vez, se hiciera innecesario pedirla pues que algún cantaor los advertía sin pelillos en la lengua mediante una copla cuya letra podía ser: «Pulido bailaorcito / meneas bien esas patas / que parecen berenjenas / aburrías en las matas.»

Hubiera constituido una imperdonable descortesía que un bailar se retirase sin que otro llegara a sustituirle, si la bailaora había esbozado ya el abrazo o bien alguien le pidiera una cesión de pareja. Un fiestero podía pedir a otro el favor de que le permitiera ponerse en su lugar, cuando estaba interesado en acompañar el baile de determinada mocita que le gustaba o que bailaba destacadamente bien o cuando, simplemente, el cuerpo le pedía movimiento. Y éste era el caso de «Aviíto», un medio solterón que ya iba pensando en fundar casa y familia y solía alardear —de ahí le vino el mote— de que, sin ser lo que se dice rico, tenía un «aviíto». El tal galán no dejaba tiempo ni espacio para nadie. Pedía una y otra vez licencia para salir a la palestra y he aquí el origen de lo tragicómico: una conjura de todos los demás mozos que una noche de fiesta decidieron que el baile fuera sólo para «Aviíto». Hasta que se hartara. Nadie sino él salió aquella vez a bailar y nadie le pidió el favor de retirarse. Las mocitas se sucedían y el empedernido continuaba en la brecha aunque ya llegaba al punto de desear la sustitución. Cuando al fin rendido, chorreando sudor, vio alejarse a su última pareja, dirigióse presuroso al botijo con tantas ansias de beber como antes las tuvo de danzar. Y el hartazgo de agua fría fue para él tan fatal como lo fuera siglos ha para Felipe el Hermoso, tras el juego de pelota. Una fulminante pulmonía se llevó a «Aviíto» a bailar en los verdes prados del otro mundo.

Es éste un amargo culebrón —la vida es así— que no merma el esplendor de aquellos bailes auténticos. Los de ahora no tienen tanto sabor. Verdiales en bloque y viviendas en bloque son dos cosas que han perdido parte de algo que las cosas también poseen: su alma.